



# Pinchones ensopados

Beatriz Martín

¿Quién cierra hoy la tranquera?

El que pregunta es un hombre fuerte. Roso lo llaman. Don Roso le dicen y dicen también que cuando joven tenía el pelo colorado, en rulos cortos y la frente en balcón sobre los ojos azules.

---

El que pregunta, apoyado en el tronco de la glicina, es un hombre no muy alto, vestido con bombachas y una camiseta de frisa blanca algo gastada en los puños y en el cuello y también estrecha.

La tranquera está en el principio de una doble hilera de eucaliptos que marcan la entrada a la estancia “Dos cruces.” Ya no es lo mismo que era. Se debió vender la parte que lindaba con el río, que nunca más recuperó su caudal. Hubo que hacer el tanque, una perforación muy profunda y el molino. Y los vientos. Vientos que mandonean la vida y hacen cartón de cualquier piel. Había que cuidar el forraje que ardía hasta con la mirada, y cuidar el agua. Muchos se habían ido, cansados de masticar polvo, y los que quedaban, resignados, parecían fantasmas color sepia.

Dije que no muy alto el hombre. Y es el patrón. Cetrina la piel y en la cara dos arrugas cóncavas, profundas como cicatrices, poniendo entre paréntesis la boca de labios finos. Una ceja levantada y, cuando habla, porque nunca se ríe y poco dice, los dientes que le quedan y se ven son amarillos.

Ahora el patrón mira a los peones. Minuciosa es la mirada que sostiene todavía la pregunta:

- *¿Quién cierra hoy?* –Dice, mientras el gato Simón se le cruza saliendo de la nada. Y piensa: “*Negro el gato. Si te cruza, mala suerte*”.

Desde adentro, Clara contesta a la pregunta de la tranquera.

- *¡Nadie! ¡Todavía Reynoso no entra la tropilla!*

Dije que contesta y grita desde adentro Clara, desde la cocina, asomada a la ventana. La mantiene abierta con la mano derecha mientras balancea el cuerpo que se apoya sobre la punta de los pies. Y bambolea su trenza hasta el final de la espalda, sobre el vestido floreado. La mano izquierda espanta una mosca que quiere entrar. Y entra y se cuela con el gato por la ranura mínima.

- *Maldito gato. Si te cruza, mala suerte* -dice Clara, mientras cierra la ventana. Gira la manija hacia la derecha con esfuerzo de la mano y los dientes que presionan el labio inferior. La cocina resplandece a esa hora de la mañana. Es el mundo de Clara, que hoy prepara pichones ensopados para el almuerzo, y abrocha su delantal blanco, cruza el lazo por detrás y calza el moño justo debajo

---

---

de sus pechos. Sobre la mesa deja el cuchillo que acaba de afilar con un tiento y que le servirá para cortar la cebolla y en hojuelas los ajos y los pimientos, que sofreirá en la mantequilla. También cortará a la mitad y a lo largo los pichones que le ha traído Félix, el hijo de Reynoso, que caza palomas bien temprano con su rifle de perdigones. Hoy son doce las que ha dejado en una bolsa manchada con sangre y cerca, un manojo de flores silvestres que junta para Clara. Ella las ve y sonrío, mientras va pensando con cuidado en la receta que Don Roso, el patrón, que es de Treviso, le ha contado a su madre y luego a ella. Piensa en Félix y siente que le gusta que ese mozo joven la requiebre. Que se ruborice y que tropiece cuando la mira. Todo ese juego le gusta. Pero eso es todo. Ella es del patrón. Él la visita por las noches en su cuarto, igual que hacía con su madre hasta que murió. Todos suponen que es la hija porque el sol levanta reflejos rojos sobre los pelos negros. Y miran igual sus ojos que también son azules. Digo que todos suponen que es hija del patrón. Y digo que ella también lo supone, y se entrega al rito de incesto. El silencio los abarca e inventa sumisiones. Todos víctimas. Y algunos pueden seguir sonriendo, como Clara, que nada cuestiona y vive lo malo y lo bueno de la vida como inevitable y que ahora, digo, despluma los pichones en el agua hirviente. Las manos rojas. Los sabañones latiéndole morados, siempre en el invierno. Duelen mucho en las manos, y también en los talones, pobre Clara. Y alguna queja, y alguna que otra lágrima que cae en soledad. Ahora limpia y chamusca los pichones y aparta con la mano y un chistido al gato que sobre la mesada, sobre la rajadura en la mesada de madera, se relame al ver los higadillos que Clara corta a lo largo con cuidado. Maúlla, camina lentamente hacia la ventana y se enrolla en el triángulo de sol.

*“Si te cruza, mala suerte”.*

Afuera el viento. Todavía el frío, aunque el fin de agosto haga florecer a las glicinas. Afuera es intenso el perfume y Clara, cuando sale, aspira profundo y se lo bebe todo, y adentro ya los sofritos invaden con su aroma la cocina. Siente fuerte la presencia de su madre sevillana y comienza a cantar como ella lo hacía. Simón se eriza, arquea el lomo. *“De los álamos vengo madre /de ver cómo los meneas el aire”.* Y sigue: *“De los álamos de Granada /de ver a la su niña amada”.*

Clara se acomoda la trenza en un rápido semigiros del cuello y la cabeza levemente inclinada hacia atrás, mientras el gato Simón abandona la cocina. ¿Dije que se odian? Los dos. Simón y Clara. Digo que ella percibe su odio

---

---

porque ha matado a muchos, ahogándolos en una tina. Fue su madre la que le enseñó como sostenerlos desde la cabeza bajo el agua hasta que no gritaran más, y se ahogaran. Luego los levantaba chorreando y los enterraban tiesos, lejos de la casa.

Dije que ha matado a muchos y digo que también a otros. Clara recuerda, y el asco le sube hasta la garganta en un flujo ácido. Piensa que el odio se hereda, como el color de los ojos, como un lunar. Y piensa que todo lo que estorba debe morir. Lo que no dije es que Clara sabe que uno de estos días matará a Simón, aunque le teme profundamente. Presiente que el duelo está cercano. Promete quitarle la vida como a los pichones que prepara para el patrón. Agrega entonces la pimienta de cayena y calienta en la sartén las semillas de comino. Apaga el fuego y las hace saltar hasta que otro olor invade la cocina. Busca el mortero y las muele con el envés de la cuchara de madera.

Simón se encrespa de sólo verla. La sigue con los ojos amarillos y, ahora que Clara va en busca de la leña, se atraviesa a su paso y él sale también. Las ratas abandonan los escondites de la leñera. Por un momento, Simón parece indeciso pero atrapa a una hincándole los dientes. La sangre salta del cuello de la rata y el gato la sacude, hasta que la tira a un costado. Clara lo roza apenas con su pollera y los pelos suaves se le paran como púas.

*“Negro el gato. Si te cruza, mala suerte”*, dice en voz alta. Se sonríe. *“Pichones ensopados”*, murmura, y sonríe otra vez. Regresa a la cocina con la leña entre los brazos, caminando despacio. La acomoda al costado del fogón, cuidándose de las astillas. Mira que el agua siga bullendo casi hasta salpicarse la cara y vuelve a su tarea.

Por la puerta entornada, Simón comienza a entrar en la cocina. Va entrando sigiloso. Clara no lo ve, no lo está viendo. Piensa en su madre: *“Y luego irás desollando los pichones sin romperles el pellejo y les cortarás las piernas y que queden los muslitos”*. La voz de la madre en su cabeza y un olor persistente. La madre que regresa en la madrugada trae puesto el olor del patrón. El olor del hombre y el miedo y el espanto y la resignación; la misma que siente Clara ahora en el cuerpo y por la noche entre las sábanas, como una herencia vertical y salvaje. Dije tu miedo, Clara, y dije espanto pero también digo resignación. También lo digo.

---

---

Simón continúa con la danza ondulante y silenciosa, rozando los objetos y las patas de las sillas por debajo de la mesa. Clara escucha la voz de Reynoso que entra la tropilla. Quiere avisar: ...que la tranquera, que ya pueden cerrarla, pero sacude la cabeza, sube los hombros, suspira y se dice: *“No podés estar en todas partes”*.

Clara distraída. *“Y luego harás el relleno y cortarás las almendras en hojuelas y agregarás un poquito de azúcar y canela, porque el amo es amigo del dulzor en la comida”*.

Afuera está el viento que, en remolinos, levanta el polvo. Pronto lloverá y la gente comenzará a lidiar con el barro. Barro o polvo. Ásperas las manos, como madera astillada en su piel, colocadas en el centro del deseo, en suspenso, hasta el máximo, como la cuerda en un arco que se tensa y se rompe. Clara respira. Respira hondo.

Simón atraviesa el último tramo. Se acuesta largo, detrás de los pies de Clara sobre el piso de piedra helado.

*“Si te cruza, mala suerte”*.

*“Y se mezcla un poco de pasta de mazapán con las yemas de los huevos”*. Ahora que los pichones se han cocinado en el caldo los sacará con cuidado con la espumadera y cortados en trozos pequeños los servirá sobre la sopa de natas. Otra vez en la cabeza la voz de la madre, como en sueños. Entrecierra los ojos, le gusta probar la comida recién hecha. El dedo en la boca, la lengua que arrastra el manjar. Clara murmura complacida y gira el cuerpo hacia la ventana. Clara distraída.

Negro el gato, dije, si te cruza, mala suerte.

El mínimo sol le da en el pecho y en la cara. La ciega. El pie, sorprendido, pisa el cuerpo blando y quiere esquivarlo. Las manos enredadas en el delantal, demoradas en la limpieza y la mente en los recuerdos. El cuerpo ensimismado va cayendo. El patrón, su madre, los pichones y es el gato, seguro que es el gato, piensa.

---

---

Oigo el golpe seco, lacónico contra la piedra del suelo. Veo la flor húmeda y roja en la sien. Escucho un maullido prolongado. Simón se sienta y, exageradamente erguido, mira a Clara.

---